

VII

Los alrededores de Santa Marta.—El Horqueta.—La azucarera de Zamba.—El médico hechicero.

Después de haberme instalado en Santa Marta, me faltaba hacer algunas excursiones por el llano y las montañas que le rodean formando gigantesco anfiteatro. Mi primera excursión fué hacia el promontorio que rodea por el Norte las salinas y el puerto de Santa Marta, y cuyas abruptas rocas resisten valientemente el empuje de las olas. Gracias á unos toscos escalones formados por las aguas en las rocas de pizarra, pude subir, no sin trabajo, hasta lo más alto de la colina. Desde la cumbre de la inmensa mole, dominaba á la vez dos grandes bahías. Por la derecha, se divisaban los suaves contornos de la rada de Santa Marta, en la que se balanceaban algunos barcos; por la izquierda aparecía el puerto de Taganga, más abierto, pero mucho más vasto que el de la ciudad, y, sin embargo, muy raramente visitado si no es por alguna goleta de contrabandistas ó barca de indios. En aquel momento, nada me daba señales de que por allí hubiera un hombre, ni siquiera una miserable choza de indígenas.

La violencia del viento me privó del deseo de contemplar durante largo rato los dos golfos de graciosas curvas que hay á cada lado de la estrecha cadena de montes, viéndome obligado á bajar por una larga escalera de rocas y á refugiarme en una gruta de la playa abrigada de las olas por una multitud de desordenados arrecifes. Los vientos alisios son casi permanentes y á cierta altura sobre el nivel del mar son muy violentos; en la superficie de las aguas son intermitentes por el enfriamiento de éstas, mientras que en las alturas no hallan ninguna resistencia y soplan con toda su energía: las velas superiores de los navíos reciben siempre más aire que las bajas. Con auxilio de pequeñas hélices fijadas en los palos de los navíos, podría medirse la intensidad del viento á diversas alturas y rehacer en las corrientes atmosféricas los cálculos que tantos sabios han hecho sobre los ríos: así sabríamos á qué altura sobre el nivel del mar se hace sentir con mayor fuerza los vientos alisios en cada temporada del año y en cada latitud. Este trabajo, que para ser completo y concluyente exigiría además numerosas experiencias, se haría fácil sabiendo la regularidad con que sopla esta clase de vientos en la zona tropical.

Mi segunda excursión fué más larga y menos fácil que la primera. Se trataba de atravesar por su desembocadura el río Manzares, seguir la playa hasta las ruinas del castillo de San Carlos y subir al monte que lo domina. Nada más fácil en apariencia, pero si se tiene en cuenta que una república de perros salvajes se había establecido allí y no dejaba entrar sin batalla á nadie en sus dominios, se comprenderá lo arriesgado de la excursión. Apenas había atravesado la barra, larga calzada de arena cortada á intervalos por las aguas dulces

del Manzanares y las saladas del mar, cuando vi cinco grandes mastines levantarse furiosos de un penacho de altas hierbas, donde estaban acostados, y lanzarse contra mí con los ojos encendidos y el rabo alargado. En un instante me vi rodeado de cinco bocas rabiosas que se abrían para devorarme; cogí un trozo de madera medio oculto bajo la arena y de un certero golpe rompí la quijada al que más me amenazaba. Aquello fué una escena teatral; los mastines retrocedieron un poco y, meneando la cola en señal de afecto, vinieron inmediatamente á acostarse á mis pies. El perro herido me miraba con más servil ternura que los demás. Este cambio repentino enseñóme tanto como la lectura de un largo artículo de historia ó de psicología. ¡Cuántos hombres, cuántos pueblos se arrastran así á los pies de los tiranos! ¡Cuántos esclavos no hay en América y en otras partes que gimen oprimidos, y que, no obstante, aman cobardemente al amo, contestando á cada acto de tiranía con una nueva bajeza!

Media hora después, haciendo que me halagaran á fuerza de pegarles, llegaba al fuerte de San Carlos, cuyos baluartes se levantan en la playa sobre una roca. Las murallas están ruinosas y los cañones, sufriendo desde hace más de un siglo el aire oxidante del mar, se caen á pedazos. Nada más pacífico que todo este material de guerra, expuesto á la justicia del tiempo. Por desgracia, desde lo alto del fuerte sólo se disfruta de una vista muy limitada, si no es por el lado del mar, que se desarrolla hacia Occidente en toda su inmensidad, y por el lado de tierra sólo se divisa un estrecho horizonte de rocas y cactus.

Para contemplar en toda su extensión el hermoso panorama de la llanura, es preciso aventurarse

subiendo por la escarpada pendiente de la montaña al pie de la cual está construído el fuerte. Las dificultades de la ascensión empiezan en la base misma del monte. Las rocas de pizarra de que se halla compuesto están formadas de una masa friable que se disgrega bajo los pies y rueda en granillo á lo largo de las escarpaduras. Las únicas plantas que crecen en el monte pertenecen á la familia de los cactus, y están erizadas de formidables espinas; el suelo mismo está lleno de estos dardos acerados. Para subir por las piedras que se deshacen bajo los pies, con gran peligro de perder el equilibrio á cada instante, es preciso mover los pies con toda prudencia por entre las espinas y huir el cuerpo de los troncos y las ramas de los cactus. Un mal paso, un movimiento equivocado es suficiente para herirse gravemente clavándose en el cuerpo una de estas espinas. En otro tiempo, los españoles de Colombia plantaban alrededor de las fortalezas bosques de cactus, y estas fortificaciones vegetales eran más difíciles de franquear que las murallas y fosos.

Con objeto de conocer mejor el aspecto general de los montes donde deseaba vivir y familiarizarme al mismo tiempo con los peligros que ofrecían, resolví introducirme en el monte y elevarme todo cuanto me fuera posible por la falda del Horqueta. A cuantos pedí informe acerca este monte, quisieron asustarme con descripciones espeluznantes de una multitud de peligros imaginarios; me hablaron de culebras y de jaguares; un indio fuerte en cuestiones de aritmética llegó hasta afirmar con exactitud que había unos treinta animales de esta clase, catorce de ellos machos y dieciséis hembras, todos rodando por el Horqueta. Otro me afirmó que existía en los valles superiores una tribu de indios que

tenía por costumbre asesinar á los extranjeros con flechas envenenadas con el *curare*. Un tercero me sostuvo que las montañas estaban encantadas y que entre los naturales, había hábiles hechiceros que tenían pacto con el diablo para impedir la entrada en sus dominios.

—El que franquea las primeras gargantas—me decía—debe desafiar lluvias verdaderamente torrenciales del cielo, que bajan semejando cataratas. Si la fuerza y la energía no faltase y se llega á los segundos desfiladeros, un huracán de nieve se opone al paso; pero, si á pesar de la tempestad continúa su ascensión, entonces el diablo en persona sale al encuentro y enseña sus cuernos al obstinado viajero.

Esta fábula se apoya en un fondo de verdad, y puede dar á los supersticiosos una vaga idea de la superposición de climas, en los flancos de las altas montañas. En efecto, Sierra Nevada, puesta como una barrera gigantesca atravesada en los caminos que siguen los vientos alisios, recibe en sus valles los vapores del mar; á las dos de la tarde ó á las tres á lo sumo, y durante las dos temporadas anuales de sequía cuando un invariable azul cubre la llanura, el huracán estalla en la Sierra, y los vapores se resuelven en lluvias torrenciales que van á los valles inferiores en tanto que las nieves coronan las alturas. Más arriba aun, se extienden los páramos, llanos desiertos donde los que no están acostumbrados á correr estos montes se sienten frecuentemente atacados por vértigos: y esos vértigos ¿á qué atribuirlos sino á la maléfica influencia del diablo?

No temía los sortilegios; pero sin el auxilio de guías no me vanagloriaba de descubrir yo sólo los desfiladeros practicables y los caminos abiertos por

los tapires en la espesura. En Santa Marta ni un sólo hombre, blanco, negro ó zambo, había penetrado en la Sierra hasta el pie del Horqueta. Cuarenta días antes de mi llegada, una docena de hombres, provistos de armas y comida, habían salido hacia la montaña con la esperanza de obtener del gobierno dieciséis mil hectáreas de excelentes tierras, prometidas á quien ó á quienes descubrieran un desfiladero fácil en la dirección de Valle Dupar, villa situada en línea recta á veinticinco leguas al Sureste; la expedición, lejos de franquear las crestas de la Sierra, descendió por un valle lateral al pueblo de la Fundación, cerca de la Ciénaga. Es pues, cierto, que estas montañas son de difícil acceso. Sin embargo, resulta extraño que una cima de más de cuatro mil metros de altura y á menos de cuatro leguas de distancia de Santa Marta, esté sin explorar hasta nuestros días. Los picos más elevados ni siquiera han recibido nombre y nadie ha sabido decirme qué pico era el llamado de San Lorenzo, citado con frecuencia en las obras de Humboldt. Yo creo que este gran viajero designaba con este nombre el Horqueta.

No hallando ningún español que quisiera servirme de guía, recordé la promesa que había hecho á mi amigo Zamba Simonguama y resolví ir á visitarle á Bonda, esperando hallar en él un excelente compañero. Pregunté dónde estaba situado Bonda y me miraban todos con extrañeza.

—En la Sierra no hay gente—me contestaron.

—¿Cómo, está el pueblo desierto?

—Que no hay gente le digo; no hay más que chinos.

Doblemente sorprendido por esta aserción contradictoria que negaba la existencia de habitantes en los pueblos de la Sierra y afirmaba al mismo

tiempo que los chinos los habitaban, insistí con él sólo objeto de descubrir la clave de este enigma, y supe que los habitantes del llano, blancos y negros, eran los únicos que llevaban el nombre de gente; en cuanto á los indios de los montes, no tienen derecho al título de hombres; no son más que chinos.

Este nombre, lo mismo que el de indios, puesto, naturalmente, por los primeros conquistadores de América, es una nueva prueba de que los españoles estaban firmemente persuadidos de haber descubierto las costas orientales de Asia. Cristóbal Colón creyó que las costas de Veragua, cerca de Porto Bello, estaban á nueve jornadas de la desembocadura del Ganges. Para él la isla de Cuba no era otra que el Japón ó reino de Cipango; Costa Firme era una península de la vasta y misteriosa *Terra Sinensis*, y los pieles rojas eran chinos ó indios. En la dificultad de la elección se les dió dos nombres: uno ha sido adoptado en Europa, mientras que el otro se ha perpetuado en América. Durante mucho tiempo los españoles negaron el título de hombres á los indígenas y los trataron como á bestias de carga. Los negros en América no fueron más respetados en un principio; pero por efecto del cruzamiento y la abolición de la esclavitud, la mezcla entre blancos y negros se operó gradualmente, mientras que los indios continuaban distanciados en los valles elevados de los montes. Poco á poco los negros y mulatos, con la presunción ingenua y el espíritu de asimilación que les caracteriza, se han *afiliado* atrevidamente entre la *gente*, y han dejado á los indios con la calificación desdeñosa de *nadie*. Hay que decir que en los Estados más civilizados de Nueva Granada, nadie hace estas distinciones injuriosas, sobre todo en las altas llanuras, donde los indios forman la inmensa ma-

yoría de la población y en donde desde hace mucho tiempo han entrado en la vida política.

El deseo de ver á los chinos aumentaba mi entusiasmo por la excursión al Horqueta. Mi amigo Ramón Díaz se ofreció á acompañarme hasta Mamatoco, aldea india situada á una legua de Santa Marta, en la orilla izquierda del Manzanares.

El estrecho camino que conduce á esta aldea, atraviesa los jardines del llano, sigue por el Norte la dirección del valle, en la base de la cadena montañosa, y penetra luego en un desfiladero dando vueltas á algunas colinas rocosas, cubiertas de cactus. Por ahí es por donde el Manzanares se desborda y amenaza inundar á Santa Marta. A la otra parte del río, que se atraviesa por un vado, el camino es excelente, y se llega en algunos minutos á Mamatoco, larga calle de cabañas, en medio de la cual hay una casa con ventanas y galerías, perteneciente al cónsul inglés.

Casi todos los indios estaban ocupados en sus trabajos agrícolas; la calle aparecía desierta; los únicos que la habitaban eran los buitres, parados en lo alto de las chozas. Como nada interesante podía detenerme en este punto, me despedí de mi amigo Ramón Díaz, después de haberme dado algunos informes necesarios, y continué subiendo el camino tortuoso que, atravesando el bosque, conduce á Bonda.

Mi antiguo compañero de viaje, Simonguama, me recibió con una explosión de alegría y corrió á avisar á sus amigos para celebrar mi llegada con una botella de chicha; inmediatamente me sirvió un plato de *pichipichis*, y me hizo prometer que pasaría la noche en su cabaña. Hecho todo un *caballero*, me enseñó y puso á mi disposición sus herramientas, instrumentos y vestidos; sólo olvidó

presentarme á su mujer, indiana trabajadora, cuya cabellera en desorden flotaba al viento como las crines de un caballo. Jamás su marido le dirigió la palabra; éste le daba órdenes por medio de señales que comprendía ella admirablemente y las hacía con diligencia. Para los extranjeros, las mujeres de los pieles rojas de Sierra Nevada, continúan siendo mudas esclavas. ¿De qué proviene esa pérdida absoluta de los derechos de esposa, en cuanto entra un tercero en su cabaña? Tal vez de un refinamiento de celos por parte del marido. Este pone en todos sus actos una especie de espíritu religioso y considera á su mujer como una institución más bien que como persona; la mujer es su propiedad por excelencia y para mejor conservarla ni siquiera tolera que sea admirada. El musulmán hace que su mujer se tape la cara; el indio, más celoso aún, le quita toda individualidad. Considerada como una máquina, cumple admirablemente su misión.

MI TÍTULO DE FRANCÉS ME VALIÓ UN RECIBIMIENTO admirable por parte de los indios invitados por Zamba. Los piratas bretones y de Nantes que en otros tiempos poblaron el mar de las Antillas y que han dejado tantos y tan sangrientos recuerdos en las costas de Colombia y de América central, no atacaban más que á las fragatas, las plantaciones y las poblaciones españolas, y en sus excursiones observé que tomaban con frecuencia á los indios como compañeros de asesinato y de incendio. De aquí proviene sin duda la popularidad que goza el nombre de francés. Bien á pesar mío, me hacía solidario de los antiguos piratas de las islas Tortugas.

Lo mismo que las demás tribus de la Sierra de Santa Marta, la de Bonda descende del antiguo

pueblo de los Taironas, que, cuando llegaron los españoles, se extendió por los valles y cultivaba la Sierra hasta cerca de los hielos, formando una población que podía poner en pie de guerra más de cincuenta mil combatientes. Más de una vez este pueblo rechazó á los españoles y la playa de Gaira fué testigo de una de las derrotas de estos últimos. Sin embargo, atacados de nuevo, sucumbieron los indios ante la disciplina y valor de los europeos y, si existen todavía, es probablemente debido á haberse retirado á lo más alto de los montes, en donde viven aún, y sin lo cual ni uno siquiera hubiera escapado al hierro y al fuego. Actualmente, los descendientes de las antiguas Taironas están en un periodo de transición. No han entrado todavía en la vida civilizada como sus hermanos de los Estados de Santander el de Bogotá, pero no viven ya en la salvaje libertad de otros tiempos. Ni siquiera hablan la lengua de sus padres, y después de la guerra de la independencia, que los ha transformado en *soldados* y *ciudadanos*, han perdido el sentimiento de la patria *chica* por el de la patria granadina.

Los caciques de la Sierra no han tenido jamás sino una autoridad libremente consentida por todos los miembros de la tribu; sin embargo, en otro tiempo podían juzgar todas las diferencias y condenar sin apelación á cualquier delincuente. En realidad, los caciques no son más que simples jueces de paz: todos los asuntos criminales de alguna importancia los falla el tribunal de Santa Marta. Si monguama lo sabía por propia experiencia. Si hubiera sido juzgado en su tribu, la pena de tres años que le fue impuesta por haber saqueado la cabaña de un mulato de Mamatoco, no hubiera sido seguramente tan dura. Cada pueblo tiene su moral:

para los demás individuos de Bonda, Zamba no había cometido más que una ligereza y, vuelto del presidio, no había perdido nada de su consideración.

A pesar de las apariencias, la religión de los indios difiere esencialmente de la de los samarios. Es cierto que ya no adoran al sol: en general todos tienen en sus chozas la imagen de la Virgen, pero esta imagen no es lo suficiente para suponerlos católicos. La Virgen les parece una buena diosa para dentro de la cabaña, pero completamente impotente fuera de ella. En cuanto salen de su choza y ven levantarse por encima de los bosques y de los picos las dos puntas azules del Horqueta, no tienen más dios que esa doble cima todas las tribus que viven á su sombra; es ese monte el que arranca las nubes al cielo para coronar su frente; él quien alimenta los barrancos y los arroyos que bajan susurrantes á sus pies; quien habla con la voz de los truenos; quien fertiliza la llanura con sus lluvias, con los ríos que salen de sus entrañas. ¿No es al Horqueta á quien se deben toda clase de homenajes por el crecimiento de las plantas y los alimentos cotidianos? ¿Y no es el Horqueta quien nos hace temblar cuando lanza la tempestad por los valles que le circundan?

Después de su vuelta del presidio, Zamba había tenido tiempo para hacerse industrial montando un pequeño molino de azúcar. Durante los pocos instantes que me dejaba libre, examinaba en detalle los aparatos de su fabricación. Lo mismo que los de todas las modestas industrias de la Sierra, se reducían estos á bien poca cosa; pero no por eso me parecieron menos respetables como tipos originales de esas máquinas complicadas y sabias que vemos hoy en los grandes talleres de Europa

y los Estados Unidos. Un asno atado á un aparato hacía rodar dos rulos, uno sobre otro, por medio de un engranaje de madera; un niño metía la punta de la caña dulce debajo de los rulos, y el jugo caía por un tubo de bambú en una enorme calabaza, donde un segundo niño, provisto de una calabaza pequeña iba depositándolo en una marmita. Esta marmita, sostenida por unos cuantos ladrillos, descansaba sobre un hornillo practicado en el suelo, de modo que para activar el fuego era preciso bajar á un pozo de más de un metro de profundidad, en el cual, y dicho sea de paso, unas cuantas gallinas se estaban acomodando para pasar la noche. Cada veinticuatro horas vacían la marmita en un depósito, donde el jarabe se coagula; después lo cortan á trozos en pequeños panes rectangulares, y, con la banana, constituyen la alimentación principal en las provincias septentrionales de Nueva Granada. Los indios y los negros se contentan á veces con azúcar para sus comidas. El consumo de este alimento es mayor en las costas de Colombia que en las Antillas. Yo he calculado que el consumo de azúcar por individuo y por año es de más de quinientos kilogramos.

Cuando llegó la noche, Simonguama, queriendo dar hospitalidad como un galante español, hizo desplegar á su mujer una gran tela nueva, tejida con fibras del agave americano; luego, subiendo sobre un tronco de guayaco que servía alternativamente de mesa y de silla, consiguió extender esta tela sobre mi cama. Jamás, quizá, un indio había desplegado tal lujo, y yo manifestaba á Zamba mi gratitud, cuando repentinamente un escorpión cayó del doblez de la tela. Las palabras se ahogaron en mis labios, y, sólo venciendo un espanto horrible, pude subir á mi improvisada cama. La no-

che no fué nada confortable, y no tengo ningún reparo en declarar que la pasé en vela creyendo á cada instante que otros escorpiones caían sobre mí, para clavar su terrible dardo en mis carnes.

Al día siguiente, al bajar del *gallinero* de cañas salvajes sobre el que tan desagradablemente había pasado la noche, á tres metros de altura sobre el suelo, invité á Simonguama á que me acompañara al Horqueta; pero me declaró ser desconocedor de las regiones montañosas y no haber recorrido más que las sierrecitas que le rodean. Me ofreció conducirme hasta Masinga, aldea situada en la cumbre de una meseta muy elevada, de donde se goza de una vista admirable, del mar y la llanura de Santa Marta, afirmándome que allí hallaría fácilmente un guía... En efecto, apenas había preguntado al jefe de los indios de Masinga, cuando éste me presentó un joven que, según dijo, podía acompañarme por «todas las partes del mundo.» Terminado el trato con tan incomparable guía, nos pusimos en marcha inmediatamente.

Durante varias horas consecutivas marchamos por el bosque, sobre la ladera de un valle en cuyo fondo se oía el murmullo de un arroyo; luego, seguimos un camino trazado por las cabras y, hacia las dos de la tarde, llegamos á un llano árido donde desaparecía toda huella de camino. Enfrente, muy por encima de nuestras cabezas, aparecía azul y serena la doble cima del Horqueta, separada de nosotros por un abismo; volviendo la vista se podía ver aún el llano con su lienzo de verdura extendido alrededor de las aguas tranquilas del puerto.

El guía, que hasta allí había marchado con paso firme, empezó á dar señales de inquietud; había llegado al fin del mundo por él conocido y tuve que convertirme yo en conductor suyo. Pri-

mero subí sobre un gran *peladero*, con la esperanza de poder rodear por el Sur el profundo valle que se extiende al pie del Horqueta; ya arriba, ví que era preciso franquear aquel abismo y, descendiendo por una garganta cuyas pendientes estaban pobladas de un bosque de cañas espinosas, llegamos maltrechos al fondo del torrente. Las orillas de éste estaban cubiertas de una vegetación tan entrelazada, que, para avanzar, nos era con frecuencia más fácil saltar de brancha en brancha, como los monos, que arrastrarnos por tierra. Cuando ya teníamos deshechos los vestidos, las manos, la cara y hasta el cuerpo, llegamos á la meseta que domina el otro lado; pero al llegar al borde del bosque que se extiende por la falda misma de la montaña, nos fué imposible franquear la barrera de troncos, de lianas y plantas parásitas entrelazadas. Al mismo tiempo, un amenazador huracán empezaba á bramar sobre nuestras cabezas. No tuve más remedio que ceder á los lamentos de mi guía, dar ignominiosamente media vuelta y retroceder.

Tal como me lo habían predicho en Santa Marta; los sortilegios del diablo destruyeron mi proyecto.

Para volver á Masinga, el camino más cómodo me pareció el lecho del torrente cuyo valle había mos atravesado. El descenso fué penoso: durante dos horas, bajo una lluvia torrencial, tuvimos que saltar de peldaño en peldaño una inmensa escalera cuyas gradas eran rocas gigantescas y amontonamientos de árboles y leña. Las gentes acostumbradas á excursiones por los montes, saben que para una descensión así es preciso entregarse completamente al instinto y poner en los miembros toda la inteligencia de la cabeza; reflexionar cuando se tiene un pie al borde de un precipicio y el otro se

balancea en el vacío, es lo mismo que caer y destrozarse. Tan pronto es preciso saltar por encima de una rama, como arrastrarse por debajo de la espesura; hay que saber saltar, tener acierto y precisión en los movimientos, saber guardar el equilibrio, lo mismo al borde de un abismo que al pasar por las anfractuosidades de las orillas de un río; es preciso tener tacto admirable y cogerse á una rama sin romperla y á una hierba sin arrancarla.

Bajábamos rendidos, perdido el instinto y la inteligencia, cuando, repentinamente, sentí un vivo dolor en un ojo; una avispa del país, la *conchahona*, cuyo nido suspendido en una brancha había tocado sin fijarme, acababa de herir mi pupila. En pocos segundos, el ojo picado había desaparecido cubierto por una hinchazón alarmante y molesta, y con el otro apenas si podía distinguir algo, debido al dolor y la hinchazón de que también participaba. En tan lamentable estado me arrastraba penosamente de piedra en piedra, cuando, sin esperarlo, me encontré con agua hasta más arriba de la cintura.

Afortunadamente, las primeras cabañas de Masinga no estaban ya lejos; ayudado por mi guía, avancé con dificultad hasta llegar á ellas, é inmediatamente me dirigí á la choza del cacique á reclamar la hospitalidad á que me daba derecho mi calidad de extranjero. Mi patrón puso en seguida algunos paños en mis ojos, me acostó en una especie de cañizo suspendido de las maderas del techo y luego corrió á avisar al médico hechicero de la aldea.

Este, hermoso joven de simpática y bondadosa mirada y andar vacilante, me acarició durante un momento la cara, como es costumbre en-

tre los indios, y luego me aplicó en la pupila una hoja de *naranjilo*. En pocos minutos me sentí completamente curado.